

## TESIS QUE HONRA A LA UNIVERSIDAD<sup>72</sup>

Fronroso a la vez que profundo, ameno a la par que rico en sugerencias y en substancia, es el estudio sobre Ortega y Gasset, de don José Sánchez Villaseñor, que destacándose sobre todas las demás tesis universitarias, mereció el honor del Gran Premio “Justo Sierra”, que le fue concedido, en el certamen de EL UNIVERSAL, por la unanimidad de los votos del jurado calificador.

Imposibilitado para ahondar en los múltiples y sugestivos temas filosóficos en que dicho trabajo abunda, debo limitarme a espigar, dentro de las mies opulentas, los pasajes, los tópicos, los aspectos que se caracterizan por su actualidad palpitante.

Con certera penetración hace notar el autor de la tesis los síntomas de honda alteración que en el pensamiento y en la trayectoria mental de Ortega y Gasset, se dejan sentir hacia el año de 1930.

Ante la pavorosa crisis intelectual y moral que en Europa, y en el mundo, se intensifica hora tras hora, Ortega y Gasset empieza a cambiar de derrotero. Empieza a ver que no es posible, como antes llegara a suponer, considerar la moral como una simple “cualidad deportiva”, como mero “lujo vital”, libre de sanciones y deberes. A la moral hay que reconocerle su supremo rango, como definidora y fijadora de leyes, de normas categóricas, absolutas e inapelables. De no ser así, el mundo se hundiría.

Descubre entonces el pensador español, “atalayando el horizonte cultural”, el inquietante peligro creado por lo que él llama “la rebelión de las masas”, por el surgimiento del “hombre-masa”, que todo lo domina y todo lo invade.

Frívolo e indiferente el “hombre-masa” ante las solicitudes de la moral, de la ética propiamente dicha, se conforma con el placer o el éxito inmediatos; no intenta superarse; nada de trascendental exige de sí mismo. “Alma vulgar, afirma e impone a sabiendas el derecho a la vulgaridad, en torno suyo. Si ese tipo humano sigue dueño de Europa, treinta años bastarán, a juicio del autor, para retroceder a la barbarie”.

<sup>72</sup> *El Universal*, 11 de octubre de 1944.

“Niño mimado de la civilización el hombre-masa da libre curso a sus deseos vitales, rechaza toda ley, conculca toda norma.”

Otro peligro lo constituye el científico, el hombre confinado o recluso en su especialidad.

“El especialista, al encerrarse en su peculiar disciplina, pierde contacto con el resto de la ciencia, con la “interpretación integral del universo, que es lo único merecedor de los nombres de ciencia, cultura, civilización europea”. Esto no impide que sobre cualquier asunto adopte aire de suficiencia y pretenda imponer sus punto de vista, aun en cosas que palmariamente ignora. Esta condición de no escuchar, afirma el autor, de no someterse a instancias superiores, que reiteradamente he presentado como característica del hombre-masa, llega al colmo precisamente en estos hombres parcialmente cualificados. Ellos simbolizan, y en gran parte constituyen el imperio actual de las masas, y su barbarie es la causa más inmediata de la desmoralización europea.”

Esta doble y en el fondo congruente actitud —la del hombre masa que repudia toda ética refrenadora, “todo mandamiento que lo obligue a vivir de cierto modo”; y la actitud del especialista que, engreído con su bien limitada ciencia, se rehúsa a elevarse hasta “la interpretación integral del universo”—; esta doble actitud alarma con razón a Ortega y Gasset. Ese abandono sistemático y terco de las normas y de los frenos morales tiene que conducir al desastre.

Ante el empuje de esa crisis, de la crisis europea, que en su más íntima esencia es de orden moral, la maravillosa cultura occidental podría correr la misma suerte de las civilizaciones extinguidas de Egipto y Babilonia —afirma Sánchez Villaseñor en su enérgica glosa.

“Europa —agrega— está gravemente enferma de inmoralismo. Implacable y objetiva, la lección de la historia es objetiva, la lección de la historia es categórica. Sin mandamientos, sin leyes, sin deberes y sanciones, la civilización occidental está perdida sin remedio.”

Imposible es justificar al hombre, producto de esa civilización materialista, “que no conoce más templo que el de la finanza, ni abriga otra ambición que el confort de la vida”.

“Preocupados los humanos por las mil solicitudes del vivir, entregados al ruido y al hastío, tratando de ahogar en el tumulto de la vida anónima y vulgar, la voz de la conciencia, son víctimas de la seducción de lo inmediato.”

Pero es que el hombre, al olvidar a Dios, se ha quedado solo en el universo. Un mundo sin Dios, acaba por reconocer Ortega, “es un mundo sin fundamento, sin cimiento; islote perdido a la deriva sobre un misterioso elemento”.

Cuando el hombre ha perdido la fe en Dios,

“que la persona suelta, con la raíz de su ser al aire por tanto desarraigada, y no tiene más remedio que buscar por su propio esfuerzo una nueva tierra firme donde hincarse para adquirir de nuevo seguridad y cimiento... La filosofía es un esfuerzo natatorio que hace para ver de flotar sobre el mar de dudas o, con otra imagen, el tratamiento a que el hombre somete LA TREMEBUNDA HERIDA ABIERTA EN LO MAS PROFUNDO DE SU PERSONA POR LA FE AL MARCHARSE.”

Después de recoger estas tardías confesiones del escritor español, después de estudiar a fondo las deficiencias y los extravíos de los diversos sistemas filosóficos ensayados a partir de Descartes y de Kant, no teme llegar Sánchez Villaseñor a las siguientes conclusiones:

“La crisis del pseudo humanismo entra en su fase postrera. El hombre divinizado se aniquila a sí mismo, en virtud de los disolventes principios adoptados. El pseudo-humanismo colectivista de Marx, inmoló al individuo en aras de la humanidad. El pseudo-humanismo individualista de Nietzsche, lo sacrificó al superhombre. Los modernos mitos políticos, esclavizan la persona al Estado, a la sangre y a la raza. Ortega, a la zaga de Heidegger, condena al hombre al escepticismo intelectual, al nihilismo de la acción, al “desilusionado vivir”.”

Derrotado por sí mismo el humanismo antropocéntrico, que el hombre toma por centro del mundo, queda sólo en pie el único humanismo auténtico, el integral, el teocéntrico, que a Dios acepta como centro, principio y fin.

Tal es la conclusión a que llega, en su hermoso trabajo, don José Sánchez Villaseñor.

Hay que volver a la concepción católica a la concepción cristiana del mundo y de la vida, a la grandiosa síntesis de la filosofía perenne. No hay que olvidar que va en juego, ineludible alternativa, el destino de la civilización occidental.

Con estas literales y rotundas palabras termina su estudio el laureado joven universitario.

“Su tesis honra a la Universidad”: Fueron las palabras decisivas con que subrayó su fallo el señor licenciado don Antonio Caso, preclaro maestro de muchas generaciones.